

### La afirmación de Einstein: las leyes de la naturaleza o las *sunnat Allāh*

Según la perspectiva coránica, como se ha apuntado, el único creador absoluto es Dios (*Allāh*). Si algo más tuviese este poder de crear, significaría que existiría otro dios al lado del Único, lo que es contrario a la idea de la Unidad. Ibn ‘Arabī, basándose en la aleya “*Si les preguntas: ¿Quién ha creado los cielos y la tierra?, seguro que dicen: Allāh*”<sup>156</sup>, dice que: “Ellos también admitirán finalmente que una fuerza desconocida es el creador inicial de la creación; pero, agregarán a Él más creadores. La diferencia con los creyentes es que ellos suponen que otros, de entre los creados, pueden también crear. No tienes que demostrarles la existencia de *Allāh*: que demuestren, si pueden, la existencia de Su socios”. Este texto da a entender que las personas veladas en relación a este hecho fundamental atribuyen poderes creadores a las causas secundarias, es decir, ‘divinizan’ aquello material y creado.

El Corán, sin embargo, remite constantemente los procesos creadores del mundo a su origen real, que es el verbo divino. Diversas aleyas se refieren a Dios como el origen y la fuerza que hay detrás de todos los procesos de la naturaleza. Por ejemplo, en el siguiente pasaje vemos ejemplos de procesos creadores en el ámbito natural que en sí mismos constituyen una exhortación a aceptar esta constante acción creadora:

«Nosotros os creamos. ¿Por qué, pues, no aceptáis? Y ¿qué os parece el semen que eyaculáis? ¿Lo creáis vosotros o somos Nosotros los creadores? [...] Y ¿qué os parece el agua que bebéis? ¿La hacéis bajar de las nubes vosotros o somos Nosotros Quienes la hacen bajar? [...] Y ¿qué os parece el fuego que encendéis? ¿Habéis hecho crecer vosotros el árbol que lo alimenta o somos Nosotros Quienes lo han hecho crecer?»<sup>157</sup>.



Es decir, los procesos de germinación presentes en la naturaleza, el proceso de la creación de un ser humano, todos los procesos de creación en general sin excepción alguna, son el verbo divino expresándose de una forma determinada. Así, la ciencia estudia los patrones que se repiten una vez tras otra, y a partir de esta observación establece las denominadas leyes científicas. Sin embargo, es un error confundir las simples relaciones observables entre los fenómenos con la capacidad creadora de los mismos. Según la perspectiva coránica, pues, Dios es el principio de la causalidad universal, que crea momento a momento siguiendo una manera de hacer invariable que aparece como ley. Por ejemplo, en el caso de la creación del ser humano encontramos otras aleyas que ponen de manifiesto esta acción constante en todo el proceso de formación:

«¿Cree el hombre que no van a ocuparse de él? ¿No fue una gota de esperma eyaculada y, luego, un coágulo de sangre? Él lo creó y le dio forma armoniosa»<sup>158</sup>.

Encontramos formulada en varios pasajes esta importante premisa según la cual el verbo divino se expresa de la misma manera, creando a cada instante de forma invariable y constante:

«No cabe alteración en las palabras de Dios»<sup>159</sup>.

«Pues encontrarás la práctica de Dios irremplazable, y encontrarás la práctica de Dios inmutable»<sup>160</sup>.

Es decir, la creación divina no es caótica, sino en base a la palabra eterna que son los arquetipos o Nombres divinos. Según el Corán, por tanto, Dios es quién ha instituido todas las leyes de la naturaleza, que en su conjunto se denominan *sunnat Allāh* (‘el uso, o el proceder, de Dios’). La investigación científica, como se



ha dicho, lleva a establecer las leyes que siguen los acontecimientos, y este proceso permite reproducir los mismos procesos. Esto no indica, sin embargo, que la relación causa-efecto tenga un valor absoluto, es decir, que cada causa descubierta a través de la investigación científica sea el origen absoluto de su efecto.

Según esto, es Dios quien vuelve a crear el efecto si se produce la causa necesaria, aunque sea artificialmente por la mano del hombre. La ciencia consiste así en el conocimiento de los medios necesarios para poder ‘recrear’, recreación que sucede siempre con Su permiso. La voluntad divina quiere que se sigan unos pasos, pero, de acuerdo con la perspectiva coránica es ella quien recrea los resultados a cada momento. De hecho, según la premisa comentada de la recreación constante del mundo a cada instante, no puede ser de otro modo. Las causas secundarias, por tanto, tienen un valor simbólico que apunta al poder creador divino. Sin la acción divina, en sí mismas no pueden crear nada.

La sura treinta y seis del Corán, considerada su corazón, termina con unas aleyas dedicadas al atributo divino de la creación. Dice que el incrédulo duda de la resurrección y se olvida de su propia creación, milagrosa en sí misma:

«¿No ve el hombre que le hemos creado de una gota? Pues ¡ahí le tienes, porfiador declarado! Nos propone una parábola y se olvida de su propia creación. Dice: “¿Quién dará vida a los huesos, estando podridos?”. Di: “Les dará vida Quien los creó una vez primera —Él conoce bien toda creación—, Quien os ha hecho fuego de un árbol verde del que, así, encendéis”. ¿Es que Quien ha creado los cielos y la tierra no será capaz de crear semejantes a ellos? ¡Claro que sí! Él es el Creador de todo, el Omnisciente. Su orden, cuando quiere algo, le dice tan sólo: “¡Sé!”. Y es. ¡Gloria a Quien posee la realeza de todo! Y a Él seréis devueltos»<sup>161</sup>.



Es decir, la creación de los huesos del hombre es creación divina igual que lo es la creación del fuego a través de su opuesto, el agua, contenida en la leña verde. Una vez más, vemos la transmutación de opuestos como signo divino, pues la acción creadora, en último término, depende tan sólo del imperativo divino ‘¡Sé!’ (*Kun*), y no de causas secundarias. Por ello, Rumi afirma que en el mundo hay una alquimia continua:

«Considéralo todo como procediendo del Transmutador, deja de lado los intermediarios, porque por los intermediarios llegarás a hallarte lejos del Origen de éstos. Dondequiera que vayan creciendo los intermediarios se aleja la Unión: los intermediarios son una cosa menor, el deleite de la Unión es mayor. Conociendo tú los intermediarios se disminuye tu confundimiento: tu confundimiento te da acceso a la Presencia»<sup>162</sup>.

Cabe apuntar aquí que en el Corán el proceso de resurrección es comparado a menudo al proceso de vivificación de una tierra muerta:

«Tienen un signo en la tierra muerta, que hemos hecho revivir y de la que hemos sacado el grano que les alimenta»<sup>163</sup>.

«Dios hace que germinen el grano y el hueso del dátil, saca al vivo del muerto y al muerto del vivo. ¡Ése es Dios! ¡Cómo podéis, pues, ser tan desviados!»<sup>164</sup>.

Según estas aleyas es la acción creadora divina la que permite que las sustancias inorgánicas se conviertan en orgánicas, es decir, que de lo muerto salga lo vivo. Esta capacidad de los vegetales para absorber elementos inorgánicos y transformarlos en elementos orgánicos constituye en sí un signo divino. La creación de vida es pues atributo divino, y esto se pone de manifiesto en el hecho de



que la ciencia no haya sido jamás capaz de hacer lo mismo, es decir, de crear vida a partir de lo muerto, de lo puramente inorgánico; una aleya del Corán remarca esta exclusividad del nombre divino 'el Creador' (*al-Jāliq*) como única causa real en todo proceso de creación, incluso el de una mosca:

«¡Hombres! Se propone una parábola. ¡Escuchadla! Los que invocáis en lugar de invocar a Dios serían incapaces de crear una mosca, aun si se aunaran para ello. Y, si una mosca se les llevara algo, serían incapaces de recuperarlo. ¡Qué débiles son el suplicante y el suplicado!»<sup>165</sup>.

En la historia de Abraham vemos el mismo arquetipo: su mujer era ya mayor y estéril cuando quedó embarazada:

«¿Te has enterado de la historia de los huéspedes honrados de Abraham? Cuando entraron en su casa, dijeron: “¡Paz!”. Dijo: “¡Paz! Sois gente desconocida”. [...] Y sintió temor de ellos. Dijeron: “¡No temas!”. Y le dieron la buena nueva de un muchacho lleno de ciencia. Su mujer, entonces, se puso a gritar, golpeándose el rostro y dijo: “Pero ¡si soy una vieja estéril!”. Dijeron: “Así ha dicho tu Señor. Es Él el Sabio, el Omnisciente”»<sup>166</sup>.

El mismo arquetipo lo encontramos en la figura de Jesús, quien, al igual que en la Biblia, también según el Corán fue engendrado sin intervención humana:

«Cuando los ángeles dijeron: “¡María! Dios te anuncia la buena nueva de una Palabra que procede de Él. Su nombre es el Ungido, Jesús, hijo de María, considerado en la vida de acá y en la otra y será de los allegados. Hablará a la gente en la cuna y de adulto, y será de los justos”. Dijo ella: “¡Señor! ¿Cómo

puedo tener un hijo, si no me ha tocado mortal?”. Dijo: “Así será. Dios crea lo que Él quiere. Cuando decide algo, le dice tan sólo: ‘¡Sé!’ y es”»<sup>167</sup>.

Por ello en el Islam Jesús es considerado como un signo que apunta a la omnipotencia divina, la cual no depende de causas secundarias para crear.

Otras aleyas se refieren al vuelo de los pájaros y afirman que en realidad es Dios quien los sostiene en el aire:

«¿No han visto las aves sujetas en el aire del cielo? Sólo Dios las sostiene. Ciertamente, hay en ello signos para gente que cree»<sup>168</sup>

«¿Es que no han visto las aves encima de ellos, desplegando y recogiendo las alas? Sólo el Compasivo las sostiene. Lo ve bien todo»<sup>169</sup>.

Es decir, aparentemente la causa de que los pájaros se mantengan en el aire es el aleteo constante de sus alas, las cuales impulsan el aire hacia abajo y quedan así suspendidas. Sin embargo, una vez más, vemos que esta causa es secundaria, pues la aleya establece que la causa real es la compasión divina, es decir, Dios manifestándose a través del atributo o Nombre de 'El Compasivo' (*al-Rahmān*). Es decir, los eslabones mecánicos de dicho proceso son también creación divina. La ley física que explica el efecto de vuelo como consecuencia de ejercer presión sobre una masa de aire es tan sólo una constatación de la acción divina que recrea los efectos a partir de sus causas. Y esto vale también para las leyes de la aeronáutica, pues ésta tiene su origen en el anhelo humano por recrear el vuelo de los pájaros. Las mismas leyes valen tanto para los pájaros como para los aviones, pero el punto crucial que desvela el Corán es que la fuerza que permite que los acontecimientos se recreen y enca-



denen uno tras otro apareciendo como ley inmutable es la acción divina, pues es la única capaz de crear o transmutar una causa en su efecto. De otro modo, una vez más, significaría que existirían otras fuerzas creativas al lado de la única, es decir, otros dioses al lado del Único. Por ello la aleya que sigue a la comentada sobre el vuelo de los pájaros dice que es un error no darse cuenta de la ilusión, es decir, que los que desconocen este hecho fundamental están en realidad encadenados a una ilusión<sup>170</sup>. Por otra parte, si las leyes tuvieran un valor absoluto entonces los milagros descritos en todos los libros sagrados y que abundan en la literatura sufí no podrían existir, pues el milagro significa ‘romper’ una ley natural, lo que implica que no es absoluta, sino que depende de la misma voluntad divina que la genera.

Este conocimiento metafísico no quita ni un gramo de valor a la ciencia, sólo la sitúa en el lugar que le corresponde y le recuerda su auténtica función, que es, una vez más como decía Einstein, ni más ni menos que la de descubrir el lenguaje de Dios.



## CAPÍTULO III

# EL MÉTODO SUFÍ COMO CAMINO DE LIBERACIÓN Y ASCENSO

### El concepto de alma y su purificación-evolución

Platón enfatiza que el conocimiento no es separable de la virtud. En su teoría de las Ideas, como hemos visto, anuncia la creencia en un mundo de realidad que existe más allá de la percepción de los sentidos y que se inteligible sólo para el alma purificada. La idea de purificar el alma como requisito imprescindible para su educación y evolución es, por tanto, común al platonismo y al sufismo. Antes de ver el camino para efectuar esta purificación veamos el concepto de alma según ambas concepciones.

Con el conocido símil del carro alado Platón define alegóricamente el concepto de alma:

«Podríamos decir que se parece a una fuerza que, como si hubieran nacido juntos, lleva a una yunta alada y a su auriga. [...] Hay, en primer lugar, un conductor que guía un tronco de caballos y, después, estos caballos de los cuales uno es bueno y hermoso, y está hecho de esos mismos elementos, y el otro de todo lo contrario, como también su origen. Necesariamente,

